

Covarrubias lee el Quijote

CÉSAR PÉREZ GRACIA*

Los diccionarios barrocos son una fuente inagotable de sorpresas y perplejidades. Sebastián de Covarrubias (1540-1612) fue profesor del príncipe Fernando, hijo de Felipe II, muerto en temprana edad, aunque ha pasado a la historia literaria por su “*Tesoro*” o *Diccionario* de 1605. Pertenecía a una ilustre familia de Toledo, la del arquitecto Alonso de Covarrubias, que trabajó en Sigüenza, Alcalá de Henares y Toledo, de cuya Puerta de Bisagra fue artífice. En cierto modo, los humanistas de Felipe II —Silíceo, Covarrubias, Sigüenza— son una excelente piedra de toque para evaluar el significado del Quijote en su propia salsa histórica.

Los aguadores de Toledo

Hay un precioso término —azagán— en el *Tesoro* o *Vocabulario* de Covarrubias, para designar a los aguadores. Nadie ha descrito ese oficio como Cervantes en *La ilustre fregona*, ni pintado a uno de ellos como Velázquez en *El aguador de Sevilla*. El vocablo se ha momificado y hoy sólo entendemos el verbo azacanarse, desvivirse por algo. Pero lo valioso es la glosa covarrubiense. Azagán: nombre árabe usado en la ciudad de Toledo, adonde comúnmente los aguadores son gabachos, y se hacen muy ricos con un solo jumento o dos.

La noticia no tiene desperdicio y hasta se regodea con el gabachaje y nos regala un epigrama: es suya el agua y vendémosela nos. El culto a Marcial era tremendo y, en ese sentido, Covarrubias nos suena —en esa tesitura de flema renacentista— a Quevedo. Azorín nos descubrió los molinos como

* Escritor

máquinas flamencas en el horizonte manchego de 1600. Covarrubias nos descubre la tropa de aguadores franceses en el Toledo cervantino.

¿Cómo era Toledo hacia 1600? En nuestro tiempo tenemos una perspectiva desenfocada de Toledo. La vemos como ciudad momificada para turistas, acaso a través de un paisaje de Beruete, una novela de Galdós o una película de Buñuel. Sin embargo, Toledo fue la reina urbana de España. Alcalá de Henares o Sigüenza tienen mayor rango histórico que Madrid hacia 1525, cuando Francisco I estuvo un año prisionero en la Torre de los Lujanes, en la plazuela de la Villa. Antes que El Greco, llegó a Toledo desde Italia el humanista Castiglione, autor de *El cortesano* y amigo de Rafael. Garcilaso fue el gran poeta de la ciudad del Tajo. Berruguete, el mejor escultor español, se formó en Italia con Miguel Ángel y se afincó en Toledo. Su obra cumbre es el sepulcro del cardenal Tavera. Covarrubias fue el gran arquitecto toledano —Alcázar, Santa Cruz y Hospital Tavera—. Chueca Goitia refleja como nadie esa época de la edad de oro de la arquitectura española —Machuca, Covarrubias, Vandelvira, Herrera— en su tomo de *Ars Hispanie*.

El propio Cervantes vivió a la sombra del fulgor de Covarrubias en su infancia de Alcalá de Henares —Colegio Tavera— y en Toledo —Hospital Tavera— pues se casó con una moza toledana de Esquivias. Sus vivencias del Mesón del Sevillano, demuestran que Toledo era como su casa. Aunque su ciudad ideal era un híbrido curioso —Nápoles, Sevilla, Lisboa, Toledo—, aunque quizá otra clave cervantina es la capitalidad nómada de España —Toledo, Valladolid, Madrid—, esa fluctuación de la corte tiene algo de encantamiento sucesivo de la corte.

¿Bacia o yelmo? ¿Madrid o Toledo? La respuesta jocosa es baciyelmo. En el *Persiles* la gran ciudad es Lisboa. En *Rinconete* lo es Sevilla.

Cervantes vivió el *boom* demográfico de Madrid en primera persona. En apenas medio siglo —acaso por las obras del Escorial— la ciudad supera a Sevilla. *La Galatea* todavía se publica en Alcalá de Henares en 1585. Junto a su falsa casa natal, todavía hay un hermoso patio lleno de encanto cervantino, digno de Constanza, la ilustre fregona.

La gran paradoja de Cervantes es ser el genio lego de la docta Alcalá de Henares, obra de Cisneros. Lo más curioso e interesante viene a ser todo ese mundo empírico consabido en la época y que para nosotros es terra incógnita, que emana del *Tesoro* de Covarrubias y que puede ayudarnos a leer el *Quijote* con mayor precisión y holgura. Covarrubias vivió retirado como canónigo de Cuenca, pero era gran cortesano, de tal modo que como Madrid era un pañuelo, bien podemos pensar o deducir que se pasó media vida entre Toledo y Madrid. Ni Covarrubias ni Cervantes vieron la Plaza Mayor, terminada en dos años, 1617-19, por Gómez de Mora. Madrid rondaba las ciento cincuenta mil almas. Visto con los ojos de hoy, resulta inverosímil la combinación de grandeza y mendicidad en el Madrid de 1600 a 1650. Allí conviven tres genios como Cervantes, El Greco —arquitecto y pintor del Colegio de Doña María de Aragón hacia 1600— y el gran polifonista Victoria como organista de cámara en las Descalzas. A ese terceto de oro en 1600, le sucede el Madrid de Góngora y Quevedo, de Velázquez y Calderón.

El caballero del rocín flaco

Covarrubias gasta alguna flema o mofa suave acerca de los caballeros estirados, que él tilda de escrupulosos. Ese mundillo de los caballeros almidonados o engolados es como saco sin fondo. Nadie los ha retratado como El Greco. Acabo de ver este verano el retrato del duque de Benavente en el Museo Bonnat de Bayona, ejemplo perfecto del lechuguino barroco.

Estos personajes tienen algo de monstruos acicalados, híbridos espigados de austeridad y engolamiento. Lo mejor sería admitir que no los entendemos. Velázquez nos retrata a Góngora como a un dómine avinagrado —ahora tenemos de visita su retrato bostoniano en el Museo del Prado— y aunque podemos leer su “Polifemo”, sonetos y romances, a la postre, acaso estamos lejos de entenderlo y estos escritores se nos asemejan a figurones egipcios, adustos, remotos y herméticos. De ahí el enorme valor de la gran novela cervantina, ver a un personaje desde dentro —hasta cierto punto— en una época en la que todas las almas barrocas eran como agua de aljibe, agua umbría. Covarrubias nos regala todo un haz de alusiones preciosas en su baraja de vocablos bizarros. Hay un Covarrubias-Azorín amigo de palabras vistosas y desusadas —azafate, bacín, criadillas—; hay un Covarrubias-Bayle o Leibniz, en el sentido de enciclopedista barroco, por ejemplo en la etimología chusca o disparatada de Andalucía como Vandalucía o tierra de vándalos o bárbaros. Y lo curioso es que Covarrubias alardea de una erudición hebrea y árabe de mil demonios. Pero el Covarrubias que nos interesa aquí es el Covarrubias-Quijote, es decir, el cúmulo de noticias marginales que nos ayudan a entender con mayor intensidad y precisión el mundo de la novela cervantina.

Los caballeros melindrosos

A pesar de ser clérigo de altos vuelos, nuestro Bouvard del Tajo, no era un beato meapilas. Ese linaje de liberales de sotana, libres de palabra y fuero interno ventilado, diríase que se esfumó con el paso de los siglos. Como Covarrubias, tampoco Sigüenza tiene pelos en la lengua al tratar, por ejemplo, de la verga del Leviatán levantino llevado al Escorial. El tema es largo de explorar y contar. Feijoo y Asín Palacios serían —como Sigüenza o Covarrubias— cimas excepcionales. Pero en el siglo barroco tenemos tres genios con sotana: Góngora, Gracián y Calderón. Lope es

como si no la hubiese llevado. ¡Ah!, y el gran metafísico jesuita, Suárez, idolatrado por Descartes, Spinoza, Leibniz y Vico.

Covarrubias nos cuenta con un hilo de fina ironía, que los melindrosos cambiaron el nombre castizo y medieval de turmas —los testículos— por el de criadillas. Fernando el Católico comía turmas de toro. Escritillas —nos susurra Covarrubias— era otro nombre curioso del testiculaje, por las venillas que asemejan caligrafía de hormiga en holandesa o papiro de convento. ¿No vemos al trasluz en estos jocundos detalles menores a un ingenioso gourmet de vocablos, un Covarrubias Gómez de la Serna?

El caballero de la zumba infinita

Si hay algo en la novela cervantina que no hay modo de entender es el impagable, inagotable e inenarrable sentido del humor. Eso no hay quien lo entienda. Cervantes es en ese sentido el monarca supremo del humor novelesco europeo.

Lo es de algunas cosas más de similar rango. Por ejemplo, es el inventor del género del diálogo cómico novelesco. Y de algo casi más importante: canoniza un sentido de la amistad liberal entre personas cultas y analfabetas. Humor, amistad, diálogo llano como holgura coloquial a la española.

Covarrubias nos puede ayudar a redondear o apurar algunas encrucijadas del éxodo quijotesco.

Don Quijote no tiene caballo, sino rocín, que es un caballo desbaratado o caballo de molino. Estas precisiones son cruciales en la novela, para subrayar el nivel de su comicidad o zumba latente.

Cabe decir lo mismo de muchos otros vocablos utilizados por Cervantes y que acaso leemos por encima o al vuelo. El Quijote anotado no llega nunca. Unamuno u Ortega son los últimos comentaristas de campanillas.

Julián Marías publicó su *Cervantes* en 1991, quizá fruto de su doble coloquio cervantino con Azorín y Ortega. Pero es una tarea infinita.

La glosa del término caballero en Covarrubias no tiene desperdicio. Caballero no es el que tiene caballo, afirma rotundo el Bouvard de Cuenca, pues en la catedral de Cuenca existe una Capilla de los Caballeros, y desde Roma hasta la Edad Media, era título del hombre destacado en la guerra, en la batalla. Uno entre mil. En rigor, cada batalla sólo tiene un héroe: el caballero. Don Quijote es un caballero de pega, de libro, de papel. Por no hablar de su edad, un cincuentón al que se le ha pasado el arroz. Un Amadís o Rolando momificado. De hecho, la voz “Caballería” dice en el *Tesoro*: ficciones gustosas de mucho entretenimiento y poco provecho, como los libros de Amadís.

¿Pudo entretenerse Covarrubias en la lectura del *Quijote* o era hombre de provecho? En este sentido, Covarrubias da el tipo exacto del canónigo de los Duques del Quijote II, como lo da Gracián —librar al mundo de un disparate con otro mayor, dixit del *Quijote*—. Casi idéntico dictum al del Dr. Johnson sobre el Shandy de Sterne: *nothing odd will do long*. Las novelas excéntricas no sobreviven. Hay un término clavado en el *Tesoro* de Covarrubias para Sancho, el caballero o escudero. Pero lo esencial es la pintura del hidalgo manchego como bufón barroco, un lugareño disfrazado de caballero de carnaval. Cervantes logra la hazaña de escribir mil páginas sobre ese pobre mamarracho manchego y trotaosadas inicial que, poco a poco, habla de perlas y nos deja embelesados con su fascinante discurso de semi-cuerdo o semi- loco. O lo que es todavía más difícil, lo hace dialogar con un tonto de remate, un gañán que a la postre sabe latín sin saberlo y se convierte en alumno socarrón y escudero leal de su chiflado señor.

Breve historia del humor cervantino

El humor cervantino es de gran riqueza o diversidad. Hay un grado de humor vulgar accesible a los escuderos patanes y hay un grado de humor culterano para los duques. Pero, quizá, el grado de humor más logrado es el humor novelesco, el juego de la novela dentro de la novela. Digamos, el humor profundo del *Quijote*.

El retablo de la Aljafería, la ínsula como gobierno de pega, la falsa novela dentro de la novela auténtica, los lectores como críticos. Mil cosas y detalles que hacen de la novela cervantina un mundo inconfundible. Pero, tal vez, la gran novedad es el tipo de humor nuevo de Cervantes.

Covarrubias hace gala de un humor socarrón a la vieja usanza, el humor negro de Quevedo, por ejemplo en el humor epigramático a lo Marcial de los aguadores gabachos de Toledo, la reventa del agua del Tajo. Mientras que el tipo de humor cervantino es de otro linaje. ¿De dónde procede?

Es un humor de gran finura, elegante, humor caballeresco o humanista, que casi resulta inimaginable en un soldado de Lepanto, excautivo de Argel, cómico menor en Madrid, recaudador en Andalucía, novelista sexagenario en Madrid al final de sus días.

Humor híbrido de Roma y Lisboa

“Adiós Madrid”. Así se despide Cervantes de Madrid en unos versos del *Viaje del Parnaso*. Adiós Madrid, adiós tu Prado y fuentes. Las fuentes madrileñas las cita todas en el *Quijote*: Castellana, Leganitos, Fuencarral. Las fuentes eran entonces un don del cielo y Cervantes fue gran viajero, de modo que sabía valorar una buena fuente tras una dura jornada con sol a plomo. El Prado no era todavía el paseo dieciochesco de Carlos III y el Conde de

Aranda, con la Cibeles, el Museo de Villanueva y el Jardín Botánico, sino que no pasaba de una alameda silvestre para carruajes y viandantes, junto a las tapias de la Quinta del Prior, hoy manzana del Hotel Palace. Ni siquiera existía el Retiro, sí el monasterio de los Jerónimos.

Cervantes nació a dos pasos de Madrid, en Alcalá de Henares, la universidad renacentista de Cisneros, en 1547. No existía entonces la Puerta de Alcalá, sino la de Guadalajara, y el camino en esa dirección, la carretera de Aragón, tiene un curioso significado en el Quijote, es el fabuloso camino de Zaragoza, ciudad de justas o torneos medievales en el día de San Jorge. Es la ciudad soñada por Don Quijote para lograr fama caballeresca y ganar el favor de Dulcinea. Pero todo se trunca, los malditos encantadores lo fastidian todo. *El Quijote de Avellaneda* fulmina de un plumazo ese motivo.

¿Fue realmente el confesor de Felipe III, el dominico zaragozano Aliaga, el autor del falso *Quijote*? Así lo pensaba Menéndez Pelayo. Aliaga tuvo como ayudante capellán a Góngora, tal era su rango de poder, un valido en la sombra, codo a codo con Lerma.

¿Buscaba acaso Cervantes con el camino de Zaragoza el patronazgo de Aliaga? Sabemos que ganó una cuchara de plata por unos poemas en Zaragoza. La primera parte la dedicó al duque de Osuna, virrey de Nápoles, con idea de volver a su adorada Nápoles. Osuna era sobrino de Lerma. Antonio Feros, gran estudioso de Lerma, conoce como pocos ese Madrid barroco. Todo ese Madrid giraba en torno al Palacio de Lerma o Quinta del Prior, la actual manzana del Hotel Palace. Lope y Cervantes vivían a dos pasos, con un *status* de cómicos a salto de mata. Digamos como Benavente y Valle-Inclán hacia 1927.

La Mancha de Aragón

Resulta curioso que Covarrubias considere el origen etimológico de la Mancha primigenia en Aragón, comarca áspera y no cultivada,

digamos al sur de Monte Aragón —lo que hoy conocemos como Monegros—. Nos dice: Llámose antes Campo Espartario, por el mucho esparto que allí nacía; ahora, cultivada, es abundantísima de pan”. Y añade: “a imitación desta se debió de llamar Mancha un territorio del obispado de Cuenca, adonde se coge mucho pan y vino”. Esta noticia geográfica-etimológica nos obliga a pensar en una suerte de connotación de época, en el título mismo de la novela cervantina, algo así como “*Don Quijote de la Mancha aragonesa*”, o en todo caso, un viaje de ida y vuelta entre ambas Manchas, la aragonesa y la castellana.

No en vano, Cervantes nace en Alcalá de Henares, en el camino entre Madrid y Zaragoza, el camino entre ambas Manchas. Su sobrina tuvo amores con un Lanuza. Cita de memoria los grandes linajes aragoneses. ¿Trató en las Descalzas a la duquesa viuda de Villahermosa, secretaria de María de Hungría? ¿Explica ello el final de la primera parte... camino de Zaragoza?

¿Sabía latín don Quijote?

Dice Covarrubias: “presupongo que los que este libro leyeren, por lo menos saben latín, y así no lo romanceo, porque sería trabajo perdido”. Covarrubias vive en un mundo todavía renacentista, de humanistas capaces de leer a Horacio y Marcial en latín. De hecho, Marcial es el ídolo máximo de la letras hispanas hacia 1600, y eso significa que Góngora o Quevedo son traductores geniales del latín al español. Esto me lleva a pensar que Cervantes escribe para el pueblo llano de 1600, lo cual es un despropósito, pues el pueblo era analfabeto. Es una novela para Sancho Panzas. Es la antítesis de la novela culta.

En este sentido, la mayor locura-aventura de Cervantes fue publicar una novela para patanes o gañanes que había de ser leída por

gente culta, o al menos por bachilleres de Alcalá o Salamanca.

Si no me equivoco, un buen cervantista debería ser una lumbrera en analfabetismo, si vale la paradoja.

La etimología o el ser de la cosa

El *Tesoro* léxico de Covarrubias es un laberinto etimológico de chupa de dómine: “Negocio es de gran importancia saber la etimología de cada vocablo, porque en ella está encerrado el ser de la cosa”. No habla Heidegger, habla Covarrubias. Su batalla perdida con el léxico español le conduce a un callejón sin salida. No tiene idea de lo que será la razón histórica de Ortega. La historia filológica de cada palabra era una ciencia que estaba muy verde hacia 1600. Leibniz da un paso de gigante en sus *Ensayos*, véase la glosa del “fiordo” de Oxford. De Vico a Bühler y su *Teoría del lenguaje* (traducción de Julián Marías en 1950), ha llovido mucho. Covarrubias es el Corominas barroco. Nuestro etimologista toledano vive inmerso en un laberinto de orígenes extravagantes. Los vocablos españoles provienen del griego y latín, del arábigo, del hebreo y, en menor medida, de la lengua mejicana —cacique—, del italiano —estafermo—, o del francés —toalla—. Una Babel en miniatura. ¿Cómo orientarse en semejante berenjenal léxico?

Cervantes juega su juego supremo al fingir que la novela es traducción del arábigo. Qué estupendo disparate pensar en un morisco chiflado por Amadís y Orlando. Para más inri, la razón de la compra del manuscrito en Toledo fue una nota marginal sobre Dulcinea: la mejor mano manchega para salar puercos. Bonita zumba cervantina imaginar a un arábigo fabulando una Circe entre puercos. Quizá es una forma de reflejar el espejismo léxico de la España de 1600, todas las cosas tienen múltiples nombres, en español, en árabe, en hebreo, en latín o griego, en italiano, francés o inglés. No sólo las cosas son objeto

de encantamiento, bacía o yelmo, sino que una misma cosa indubitable, posee infinitos nombres, verdadera selva o jungla léxica. La novela como traducción infinita de lo más inmediato y banal.

La técnica del arcaísmo jovial

Toda gran escritura tiene algo de esqueleto pimpante. Por un lado es osamenta de oro, léxico polvoriento. Por el otro una bárbara mezcla de energía y vitalidad. ¿Cómo se logra trenzar ambas cosas? Cervantes, Quevedo, Bécquer, Valle-Inclán son ejemplos perfectos de ese genio para el idioma. El español es una gloriosa escabechina del latín, un toma y daca milenario con el gótico germano, con el árabe, con las lenguas de Indias, con el francés e italiano. Esa porosidad hacia el mundo en torno es su tesoro supremo, durante la Edad Media y el Renacimiento. Luego se tibetaniza en el XIX y vuelve a irradiar de forma magistral en el XX, con Azorín, Ortega, Borges, García Márquez, Benet, Savater, Javier Marías. Armas y vocablos estaban —tomadas de orín y llenas de moho— luengos siglos olvidadas en un rincón. La novela cervantina es el arte feliz y glorioso de remozar con infinita simpatía ese herrumbroso río de palabras de un viejo idioma enmohecido.

El cardenal Colonna y Tassoni en Zaragoza

Ningún cervantista ha seguido la pista de Ascanio Colonna (1555-1608), el cardenal romano al que Cervantes dedicó su *Galatea* en 1585, su novata novela pastoril. Este personaje era hijo del general Colonna, que mandó en Lepanto la flota pontificia, en la que sirvió Cervantes. Fue virrey de Sicilia y murió en Medinaceli, cuando acudía al Escorial. Pues bien, el joven Colonna estudió en Salamanca y Alcalá, y conocía a Cervantes de los tiempos mozos de Roma, hacia 1570, cuando nuestro novelista fue “camarero del

cardenal Acquaviva” y el paje Colonna apuntaba como talento romano. El prólogo de la *Galatea* tiene miga. La biblioteca de Colonna en Roma fue legendaria, lo que le valió ser designado bibliotecario de la Vaticana.

Lo curioso es que Colonna fue nombrado virrey de Aragón en fechas prequijotescas y pasó un par de años en Zaragoza, 1602-04 acompañado de su secretario el poeta Tassoni (Módena 1565-1635).

Tassoni fue autor del poema épico-cómico *La secchia rapita*, 1621, coetáneo del *Adone* de Marino. ¿Qué relación hubo entonces entre el virrey de Aragón en 1602-04 —el hombre al que Cervantes dedicó la *Galatea* en 1585— y el Cervantes que escribía el primer *Quijote* de 1605?

¿Se conocieron Cervantes y Tassoni, novelista y poeta del género épico-comico, en Madrid o Zaragoza? Tassoni es adalid del mito bufo, su poema suena al tono del “Onegin” de Pushkin. En suma, la estela de Cervantes-Sterne-Dickens.

No diré como Holmes —I am a brain—, pues en el laberinto de la erudición cervantina, o se pasa uno o no llega. Quizá la última chanza cervantina es propiciar siglo tras siglo el disparate infinito de su interpretación.